

Editorial

Rosalía López Paniagua

La complejidad del hecho educativo, que no sólo se revela por la complejidad biológica- individual que entraña, tema abordado Humberto Maturana, biólogo y epistemólogo chileno en su amplísima obra, por ejemplo, en su multicitado libro *El árbol del conocimiento. Bases biológicas del entendimiento humano* (1984), sino también por la dimensión institucional-social que comprende una enorme diversidad de actores sociales.

Uno de estos es, sin duda, el docente, el cual en los últimos años ha sido el foco de intervención privilegiado de las políticas de reforma y de las estrategias destinadas a la elevación de la llamada “calidad educativa”. De modo que, a pesar del avance de la oferta de la educación virtual, y altas expectativas sobre las escuelas del futuro, se conserva la centralidad del docente, porque continúa forjando el espacio societal, que para Freire y muchos otros, constituye la base del proceso educativo, por lo que se resiste a la lógica de control administrativo-burocrático a la que se pretende someter como vía para su instrumentalización y plena incorporación al mercado.

Sin embargo, el reconocimiento del factor docente como elemento clave de la transformación educativa, de su papel preponderante en el proceso educativo no implica dejar inalterados los rasgos que históricamente configuraron este oficio. Por el contrario, es necesario sentar las bases de una nueva identidad y profesionalidad, como lo propone Lea F. Vezub (2007), proceso que pasa necesariamente por un nuevo modelo de formación docente.

En México, esta imperiosa profesionalización docente, de manera absurda e incomprensible, no ha sido incluida en la reforma educativa impuesta en los años recientes, en particular en el subsistema de educación básica, lo cual denota el desconocimiento de la relevancia de este factor docente para fundamentar cualquier modificación al sistema educativo. Por tal motivo, hasta ahora, la formación docente inicial,

y su actualización, se caracterizan por: descoordinación institucional, rezago curricular, precariedad presupuestal, resistencia al cambio y proclividad al credencialismo y al mercado educativo.

Por tal motivo todas aquellas iniciativas que contribuyan a llenar este vacío de la política educativa y a contrarrestar estas tendencias lesivas a la profesión docente deben ser bienvenidas.

Al respecto en este número 51 de Ethos Educativo, se incluyen artículos que abordan este tema, desde distintos ángulos, tales como identificar qué tipo de representaciones estructuran la mente del profesor, puesto que estas representaciones ponen de manifiesto sus compromisos epistemológicos y de aprendizaje y, por tanto, su incidencia en la práctica de la enseñanza. Bajo el supuesto de que, para mejorar la enseñanza de la ciencia, se requiere la formación del docente, de manera que acceda a los cambios en sus representaciones a partir de los conocimientos previos que posea, volviéndose consciente del sentido que tienen tales cambios para el aprendizaje de sus alumnos, porque la formación en epistemología conduce a modificar las prácticas didácticas.

Otra idea, tiene que ver con el aprendizaje de la condición humana en su dimensión amorosa como contenido y metodología, para la formación docente, no sólo en su relación con su práctica escolar, sino como ser humano. Esta propuesta se basa en que los propios formadores de docentes, y estudiantes en formación, reconocen la necesidad de enfrentar el cambio social que ha traído consigo la globalización, y que se vive en los diversos ámbitos como desestructuración de las instituciones sociales, que en términos generales ha implicado una aguda deshumanización, de ahí la importancia de enseñar y aprender sobre la condición humana, es decir, valorar a cada ser humano, a sí mismo, y empeñarse en la construcción de proyectos de vida, y no dejarse arrastrar por la necrofilia que avanza como una peste.

Una propuesta más se refiere a la formación universitaria de profesionales de la educación, entendida como la transformación del normalismo aún vigente en México pero, caracterizado por su agotamiento debido, entre otras razones, a que las escuelas normales del país han funcionado sólo como operadoras de programas de docencia, sin ninguna relación con la investigación educativa, que es

de donde se pueden nutrir los diseños curriculares para su actualización y perfeccionamiento constante, y la difusión y extensión de la cultura, que va más allá de lo que se llama práctica profesional. Insiste en que el “normalismo” es un sistema que, tiene que ser reformado porque como sistema o estrategia de formación de docentes, llegó a su fin en el momento en que la educación comenzó a requerir de profesionales de la educación en lugar de los maestros formados sólo para estar al frente de un grupo.

Otras temáticas, tratadas en este número de Ethos educativo, no menos importantes y de alguna manera asociadas a la cuestión de la formación docente que atanen al contexto del hecho educativo son el modelo educativo de las sociedades dependientes en el contexto de la globalización y las comunidades educativas en la perspectiva psicoanalítica de intervención contra el sin sentido en la escuela.

Asimismo, se presentan dos artículos que comparten el enfoque de la historia cultural de la educación, y que asombran al darles luz a elementos que contribuyen mejor al entendimiento de la circunstancia actual de la educación y a la identificación de una especie de tesoros guardados en el baúl que por fin son encontrados y que ayudan en la búsqueda de salidas al impasse en que se encontrar la docencia, en la era de la globalización.

En tanto que, la sección de reseñas se aboca a temas también relevantes como son la tenaza que, cada vez más, atrapa a la educación, formada por la política y el mercado, dos factores que ahogan las expectativas que socialmente se han construido sobre la educación en países como México. Así, como también la cuestión de la investigación en la educación, las epistemologías y metodologías, que es un aspecto bastante débil en el campo de la educación, por lo que resulta justificable su abordaje. Y, finalmente, el tema de la ventaja académica de Cuba, y las características de los estudiantes en aquel país caribeño-latinoamericano cuyos logros, en medio de muchas penurias económicas y presiones políticas, no dejan de sorprender al mundo, experiencia que debe servir de referente ante el reto de sostener y al mismo tiempo renovar el sistema educativo mexicano.

El Dossier en esta ocasión, está dedicado a Fidel Castro, en su primer aniversario luctuoso, a quién, sin duda, se recordará por muchos

años, no sólo por la controversia que su personalidad generó en vida y sigue generando, sino sobre todo por su compromiso y visión sobre la importancia que la educación tiene para liberar a un pueblo sometido, al punto de que uno de sus proyectos torales al triunfo de la Revolución cubana (1959), fue la alfabetización, llevada a cabo como un proyecto de envergadura verdaderamente nacional, es decir, que no sólo fue un proyecto gubernamental, sino que involucró a todo el pueblo, unos como alfabetizadores y otros como alfabetizados, una vez cubierta esta etapa se propuso avanzar hacia los niveles educativos superiores con una perspectiva de universalidad, gratuidad, extensión y compromiso social, en primer lugar con el pueblo cubano, pero siempre en la medida de sus posibilidades con muchos otros países dependientes, por ejemplo, con África y por supuesto con América Latina incluyendo México.

Esta estrategia educativa ha colocado a Cuba incluso por encima de los países ricos o desarrollados, hecho que ha sido objeto de múltiples evaluaciones y análisis, tanto por seguidores como por detractores, los cuales contribuyen, de cualquier manera, a la formulación de alternativas desde sus múltiples dimensiones propiamente educativas, pero también sociales. Tal hazaña fue encabezada por un hombre, de gran valía, intelecto y compromiso con su pueblo y su tiempo: Fidel Castro (1926-2016).